

## EPILOGO

Colegas docentes: el discurrir sobre los temas que hemos tratado a lo largo de las páginas precedentes, nos habrá posicionado sin dudas en sitios diversos, quizás muy próximos, quizás muy distantes, en cuanto al modo de encararlos.

Seguramente ninguno de nosotros se halla en el mismo lugar que al comienzo, lo cual no dejaría de ser altamente positivo porque estaría indicando que la inercia, si existía, ha sido quebrada y, en caso contrario, que la dinámica subsiste.

Habremos coincidido, no obstante, en los principios, en los propósitos, en los fines, pues en todo caso son concordantes con el orden natural que nos anima y con la ética que nos convoca.

El resto es fácil, porque consiste únicamente en hallar la convergencia de caminos, de formas, de estrategias, de las que la nuestra ha sido sólo una, en todo caso el guante arrojado como desafío para provocar la discusión, el intercambio, en definitiva el crecimiento.

Pretendimos llegar a los docentes, no con la presunción de dictarles soluciones magistrales, que no las tenemos, sino con el deseo de acompañarlos en una preocupación que compartimos y de iniciar, si cabe, una corriente de experiencias que favorezcan el mutuo progreso y posibiliten delinear programas básicos de trabajo que, adaptados a cada medio y a los recursos de que los mismos dispongan, hagan factible sin limitaciones espurias el logro de objetivos mínimos irrenunciables.

Por ello nos propusimos desde el comienzo diseñar un camino que tuviera principio, curso y fin. Que expusiera los porqués pero que también detallara los cómo, que no fuera meramente declamativo, que se internara en los aspectos prácticos con la amplitud que demandan los escenarios cambiantes que propone nuestro medio educativo y sin olvidar que es en definitiva la escuela la sede para su desarrollo.

No ignoramos las dificultades que cada tramo presenta, vivimos cotidianamente las incertidumbres que el ejercicio de esta sublime vocación impone, supimos y sabemos que no existe, en lo material, gratificación suficiente como para compensar la responsabilidad, la entrega y los riesgos que demanda.

Pero también sabemos de la enorme recompensa que significa recorrer la siembra, hecha a lo largo de años y cuando,

sin la soberbia de creerla totalmente buena, nos atrevemos a admitirla modificadora, con tendencia acertada.

Es entonces cuando no podemos superar la tentación de hundirnos en nuestros recuerdos y rescatar algún pensamiento, alguna reflexión que nos interprete, que justifique nuestro afán; y no tardan en llegar a la memoria aquellos versos de Francisco Luis Bernárdez cuando decía en su Soneto:

Si para recobrar lo recobrado  
debí perder primero lo perdido  
si para conseguir lo conseguido  
tuve que soportar lo soportado.

Si para estar ahora enamorado  
fue menester haber estado herido  
tengo por bien sufrido lo sufrido  
tengo por bien llorado lo llorado.

Porque después de todo he comprobado  
que no se goza bien de lo gozado  
sino después de haberlo padecido.

Porque después de todo he comprendido,  
que lo que el árbol tiene de florido  
vive de lo que tiene sepultado.

□